

Encuentro fortuito en la librería Colonial

Juan Carlos Mondragón

Escritor y académico correspondiente en Francia

Al otro día de la invitación a estar con ustedes tomé algunas notas para ordenar la charla convenida, puesto que el objetivo de la maniobra era evocar a la distancia la figura de Lautréamont. Durante el reparto de la tarea, alegué que solo me sentiría cómodo hablando del enigma en tanto episodio personal, testimonio llano del asombro primero ante la obra del escritor, su influencia en otras lecturas y la traza indeleble en mi narrativa, incluyendo la crónica biográfica; su obstinación espectral en el presente y otros proyectos que pudiera inspirar, incluyendo aquellos que quedarán por el camino.

Sucedió en el abril pasado en época de pandemia respiratoria y conexión a internet; acepté participar en un ejercicio colectivo que en otro tiempo se hubiera llamado surrealista, lejana herencia de los hermanos Lumière con gente en movimiento y para el cual me faltaba gimnasia técnica. Hablé a una pantalla catorce minutos, sabiendo que siempre caigo en el desliz de considerar los asuntos literarios en mi condición doble de profesor y narrador. Los años de docencia en todos los niveles me dieron cierta pericia para disertar ante un auditorio cautivo, aunque fue extraño eso de hacerlo sin retorno provocado. Unos días más tarde, Wilfredo Penco me pidió la versión escrita de la conversación para esta publicación; había olvidado si la versión hablada guardaba relación con las notas preliminares y decidí invertir el proceso. Miré un par de veces el video, el emisor se volvió receptor, tomé nuevas notas de lo escuchado y trato ahora de reorganizar un relato dando un tono memorialista a las pausas de la oralidad.

El comienzo del vínculo con la leyenda fue libresco a la antigua y casual. La coincidencia de haber nacido en la misma ciudad del celebrado, con un poco más de un siglo de diferencia —casi nada en la economía del universo—, crea cierta complicidad portuaria intemporal, así como el estar redactando el informe a unas diez estaciones de metro de donde murió Ducasse en París. El Con-

de es génesis del misterio más incandescente de nuestros asuntos y meteorito poético para el cual es insuficiente la crítica tradicional, siendo de esas sombras extrañas que forman un enigma inextricable al interior fractal de la literatura. Desde hace mucho tiempo me interesaba la articulación en tríptico concentrada en su caso, exponiendo intereses exegéticos sensibles de la literatura contemporánea. El itinerario abreviado del autor entre dos lenguas, la marginación ante la industria cultural, la muerte prematura y sin sepultura, iconografía monologante en discusión, un proceso de legitimación por la vía del salón de los rechazados. Destaca, y desde antes de abrir el libro, el ocultamiento sugerente del apodo Conde de Lautréamont; creo que pocos seudónimos dieron lugar a tantas especulaciones, en su caso se trata de una novela folletín minada de celadas dentro del corpus crítico. Crea a Maldoror implicando narrador y personaje protagonista, anclado en la tradición de los gabinetes de curiosidades, capaz de anticipar la violencia exacerbada del relato moderno, abriendo puertas condenadas del abismo poético. Está la obra en papel viniendo de algún lugar excomulgado entre Tarbes y Montevideo, el objeto libro *Les chants de Maldoror* (1869) irrumpiendo como anomalía pendiente dentro de la lengua francesa, polizante en una literatura densa por entonces, de poesía entre flores del mal y novela rojo y negro; restos de historias naturales iluminadas en latín e imagerías incunables arrumbadas por excesos altivos del racionalismo, filamentos sensibles a la modernidad que se venía engendrando entre Marx y Helena Blavatsky.

Así pues, ser uruguayo e interesarse por la literatura —ya sea como lector, estudioso del caso esotérico o creador de ficciones— significa estar pronto para cruzar en algún momento la ruta virulenta de Maldoror. En lo personal, de tal encuentro —y lo fui urdiendo en plan de batalla— me cuento una fábula pretendidamente verosímil que trata de casualidades, el azar absurdo guiando nuestros gestos; recuerdo, acentuando más la ironía, que en el liceo tenía problemas con las conjugaciones francesas, el tirón barrial era potente y nunca pensé que saldría en pie del ruedo ibérico. Tentando inventar una explicación retrospectiva, diría que el caso Ducasse fue el cruce de una conciencia aproximativa geopoética y la bifurcación hacia una vida doble. Me ofrecía una segunda tradición cosmopolita con algo de tirada de dados —que pude aceptar o repudiar— y las luces que a lo lejos alumbran la ciudad de la Comuna trágica, aguardando al viajero del otro lado del viejo océano.

Estaba por entonces en las interrogantes del estudiante de literatura —sin olvidar las otras— y Ducasse invitaba a la absentia verde de la escritura propia, imponía casi el vivir una vida en estado de traducción ebria, como algunos barcos adolescentes. Siendo estudiante del Instituto de Profesores Artigas, Alejandro Paternain —al que conocía desde el liceo— me llevó a visitar la librería Colonial en Guayabos y Dr. Juan A. Rodríguez de Washington Pereyra, el librero nigromante que falleció hace un par de años en Buenos Aires. Empecé yendo cada tanto como bachiller curioso por Marcelino Menéndez y Pelayo, terminé trabajando —en condición de colaborador— sin horario, en lo que fue parte entrañable de mi educación literaria y libresca. Estar en ese ambiente de librería anticuario, donde se conjugan los tiempos en palimpsesto y con ese librero digno de la comedia humana, sumaba otras memorias; abría telones espesos a zonas discretas del Uruguay y puede que allí hallé, sin sospecharlo, algunos asuntos que redacté años después. Luego, la librería se mudó a la calle Ituzaingó frente a la sastrería La Silencieuse, cerca de Monteverde, el Café Brasileiro y el Bazar del Japón. Pereyra me enseñó a respetar los libros viejos, asistir a los remates de Gomensoro y Castells tras colecciones raras, la picaresca del oficio y la intuición felina ante las bibliotecas, la pasión por ediciones prínceps de *Martín Fierro*, Felisberto Hernández y *El cancionero gitano*. Asistía como escucha —práctica docente inesperada— a la peña heteróclita de algunos sábados en la librería —con vinillo de jerez y la crema de la intelectualidad...— donde llegaban tertulianos buscando su personaje. Armando Pirotto, que solía sentarse en sillones papales, el doctor Fernando Mañé Garzón, Jacques Duprey —*Voyage aux origines françaises de l'Uruguay*—, Vicente O. Cicalese de nuestro viejo latín, otros visitantes esporádicos, y eso al comienzo de los años setenta que arrastrarían con todo.

Entre esos estantes en reacomodo permanente y ejemplares de la Colección Clásicos Castellanos (Madrid, Ediciones de la Lectura) encontré —por primera vez— las obras de Ducasse. Era una edición francesa de José Corti de 1953, que tiene un retrato del autor a los 19 años, obtenido por el método paranoico crítico de Salvador Dalí en el año 1937. Debí ser manifiesto mi interés, Pereyra me regaló el ejemplar que todavía me acompaña y, a partir de aquellos días, debí ubicar la obra del vecino de la Ciudad Vieja en la tradición que me correspondía, con decisiones a tomar a manera del decálogo de Horacio Quiroga.

Lo evocado fueron los capítulos iniciales y la memoria fichada compartida con los espectros, lo que quedó atrás para siempre como la juventud y cierta idea del amor apasionado por los libros en Uruguay. Lo que sigue, se asemeja a la información ordenada cuando se arma un *curriculum vitae*, más conocida socialmente y localizable con facilidad; igual, siempre se pueden avanzar algunas astucias del zurcido invisible. Estaba convencido que una zona subversiva de la modernidad literaria comienza en Montevideo y había que alcanzarla transitando la lengua francesa; que debía adoptar más tarde que temprano en traducciones o mediante estrategias drásticas. La literatura uruguaya era como esos ríos con dos fuentes; existía una tendencia fluida, derivando en la gauchesca, la construcción de la patria entre divisas enemigas, y una segunda escrita en otra lengua, conectada a París que en las décadas Maldoror —al decir de Walter Benjamin— era la capital del siglo XIX. Esas dos fuerzas coexistían como problema en mis proyectos que necesitaban una solución satisfactoria.

Durante los años de formación me acerqué a los textos del auge de la novela latinoamericana, sintiendo una mayor empatía lógica por la literatura rioplatense; seguí los cursos del Instituto de Profesores Artigas, desde la cólera del pélida Aquileo hasta la canción de amor de J. Alfred Prufrock comentada por Jorge Medina Vidal. Al decidir los doctorados universitarios me incliné por los papeles del país y trabajé sobre Joaquín Torres García y Juan Carlos Onetti; rondaba, sin embargo, la tentación sensual de la galería Vivienne, la ciudad de Balzac que nos contaba José Pedro Díaz, aquel tránsito entre dos pasajes del cuento «El otro cielo» de Cortázar, donde se cita a nuestro Lautréamont. Se trataba de una suerte de vida clandestina, de día estaba al tanto de las colas de cerdo en Macondo y patriadas en taperas de Eduardo Acevedo Díaz; por las noches me intrigaba la poética de los hijos del limo, la nueva forma de nombrar la belleza de ese uruguayo muerto a los veinticuatro años.

Más tarde respondí —buscando una salida al entuerto— a la convocatoria del concurso Jules Supervielle de la Alianza Francesa en 1984. El breve ensayo se titulaba «El arte de comparar» y analizaba variaciones de lo bello en *Los cantos*, cotejadas con la circunstancia trágica del autor; el premio fue mi primer viaje a París y la edición del trabajo. Si sostenía que ahí había otra fuente de la literatura uruguaya, debía asumirlo también en la ficción. El primer

cuento del primer libro que me publicaron se titulaba «Montevideo en video Ducasse»; narra el regreso en clave onírica del hijo pródigo, muerto en 1870, a los muelles montevidianos en estado de sitio. En su momento lo sentí como escena fundadora, plan de ruta y programa en ciernes; uno nunca sabe si se trata del itinerario correcto, fue una combinación de mandato y circunstancias —derivando con felicidad— entre *Los tres gauchos orientales*, de don Antonio Lussich, y *Les chants de Maldoror*.

Va siendo tarde para cambiar de librería, así que solo me resta reincidir en partituras conocidas. El divino Conde está en las preocupaciones actuales de los cuarteles de invierno; fue por ello que en abril del año 2020 —en inesperada alineación de los planetas, antes de las alarmas mundiales y en mes de san Isidoro de Sevilla— abrí un sitio web donde reincidir en la literatura uruguaya, un antídoto oportuno a la crisis editorial y de circuitos culturales. Es un proyecto a plazo fijo que durará tres años y se presenta bajo la denominación de Cabaret Literario; se llama La Coquette, que fue como Ducasse denominó a su ciudad de nacimiento al evocar el Río de la Plata. Ahí reaparecen cuentos propios de hace años sin reedición a la vista y restaurados, artículos escritos en ocasión de actividades universitarias para revistas desaparecidas y textos de otros escritores uruguayos. Los visitantes son poetas y narradores, viejos amigos, jóvenes conocidos por correo electrónico que aceptan participar con fragmentos de sus creaciones, y La Coquette les agradece su aporte a todos y a cada uno. Me entusiasma en su progreso la coexistencia de estilos, sexos y generaciones, hace bien la presencia de autores de renombre y el entusiasmo de quienes comienzan la aventura. El escenario del Cabaret Literario acepta poesía e inéditos, cuentos y ensayos, manifiestos y correspondencia; la idea surgió en una charla con mi querido amigo Jorge Musto, que mandó la primera carambola de escritura abriendo el camino.

En el presente, el Montevideano sigue siendo un estante de la biblioteca y reflexión obligada antes de emprender cualquier otro libro. Tengo la tentación pendiente de pasar algunos de sus textos no tanto al español internacional, sino al lenguaje de la Banda Oriental. Su ejemplo paradigmático —sumado al de Torres García— me sirvió para hallar el fundamento a los cambios de código y vida cotidiana, de ciudad caminada y paisaje literario, aceptando los procesos históricos aleatorios y la vejez que aguarda sin estancarse

en el planto. Ducasse es paradigma de varias situaciones; vaivén de ida y vuelta, conciencia con mandato del escritor uruguayo, batalla contra el tiempo y condiciones de producción, procesos de legitimación, armonía entre tradición y originalidad: todo el poder a la obra. Inicia el campo magnético algo desactivado entre Uruguay y la lengua francesa; el tríptico Laforgue, Supervielle y Ducasse se da por adquirido sin darle la importancia debida. Esa trinidad es una de las obras mayores de la literatura uruguaya; por fortuna otros poetas jóvenes en perdición lo recuerdan, Arturo Belano y Ulises Lima al comienzo de *Los detectives salvajes* citan poesías del Montevideano en un bar de la calle Bucareli, en Ciudad de México. Es comprensible que se trata de una filiación difícil de aceptar; les solía comentar a mis estudiantes: uno es azar, dos equivocación, pero tres crean un prodigio impar. La prioridad central de Ducasse en el ícono francés proviene de una biografía fugitiva, la traza de una obra cismática que, a la vez, aglutina saboteando la relación del escritor con su patria de nacimiento y la literatura que lo precede todos los géneros confundidos.

Lautréamont dio todo lo que tenía para escribir, para publicar y pagó con su vida el rescate exigido por los dioses; por eso, cuando el lector comienza a entender el horizonte de expectativa vuelve a distanciarse. Alguna vez y cada tanto pensé —como lo hizo Thomas de Quincey con Kant— novelar de un tirón los tres últimos días de Isidore Duccase, fingir acaso que siempre hay un cuaderno que lo implica rondando la escritura de la semana próxima. Cuando eso ocurre, necesito acercarme al barrio en París donde él vivió; sobre todo la Place des Victoires y cruzar sin apuro el pasaje Colbert. Tiene algo espectral asumido ese atajo del siglo XIX, conexión ilusoria de tiempos y espacios, pasillos y escalones gastados que —una vez sabido el itinerario secreto— conducen al tercer reino. Allí distingo una vidriera donde está escrito Librería Colonial; adentro, un hombre flaco fuma y bebe el cuarto café en pocillo de la mañana. Cuando ingreso al local, a pesar de los años transcurridos, él parece reconocermme; sonrío, y sin decir ni una palabra, continúa escrutando la colección —perfecto estado de conservación y completa— de *The Southern Star* (*La Estrella del Sur*) que tiene entre sus manos.